

Poemas

Víctor Ortiz Partida

Piedra de infancia

1

La piedra de infancia navega por el mar de arenas grises,
se acerca a la orilla sin agua y rompe la ventana
memoriosa protegida por cortinas tropicales.

La mirada se salva de humedades cuando una voz dice
“la calma”, y esta historia se revela; “la paz”, y el faro se
transfigura en mano que detiene embarcaciones.

Toda orilla se demora. Todo horizonte se detiene.

La esperanza se convierte en felicidad lentísima.

Víctor Ortiz Partida nació en Veracruz en 1970 y radica desde hace varios años en Guadalajara, donde estudió letras. Es autor de los libros de poesía *Escrípulo del minuterero* (Secretaría de Cultura de Jalisco, 1994) y *La sal de los lucientes* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 1997). Actualmente es reportero de cultura del periódico *Público*.

2

La voz libera sus laureles, los salva de la llama para
fijarlos en la frente del recuerdo.

Se reconstruye una casa tornasol en las afueras de Roma,
en los alrededores del ciprés.

(Ah, la claridad como segunda patria).

El ciprés se transforma en cerezo y una garza recupera,
entre la confusión de voces, los ladrillos retóricos
agotados desde el fin de la infancia.

Comienza el viaje por el continente de las sorpresas
anticipadas.

3

El rumor del tranvía sorprende a la esfera vital de la
mañana. El claro temblor abraza la flor más roja del
flamboyán.

El bochorno de las hortalizas es el vapor del mundo en
los grandes mercados.

Jacarandas felices. El viento sur aturde en las islas
transparentes de la victoria.

La arena yace contra la impaciencia del norte que acecha
nuevamente.

La paciencia y el nombre

En sus grietas la sal es permanencia de la red.
En sus ojos aún habita el secreto de la pesca.
La barca se detenía siempre sobre el cardumen de su
presentimiento.
Pez a pez conquistaba la mar.

En el alba del océano vacío ya no hay lluvia de
espasmos ni aletas dorsales que lo guíen a la captura.

*

Lucha contra el sopor ante la soledad.
Antiguas islas nacen de su pestañeo para hilvanar un
archipiélago infinito.

*

En las aguas rítmicas de su corazón se mece la barca. Ella
le regala la palabra “dársena” y él arroja el ancla de su
consagración.

En el altar portuario el surgidero de flores blancas en los
espinos, la singular blasfemia del miedo sin tiburón.

*

Enciende su hoguera para alcanzar la llama viva, pero llueve. El vapor esconde el puerto y se convierte en el primer hogar invisible de su historia.

Sólo la memoria del templo inaccesible sostiene ahora al pescador.

*

No fue dichoso en tierra firme. Su barca detenida conserva un parecido húmedo con la nave de coral en la que desapareció el rostro sin nombre que intenta recordar.

¿Cómo invocar ese rostro que sólo fue destello entre las olas del último mar a mediodía?

*

La voz aislada se sube al faro de la imagen para nombrar con paciencia las embarcaciones de la noche.

Una estrella placentera de dolor termina en la garganta deshecha por el nombre recién hallado.